

Aléjase con cara de vinagre,  
Y, al cabo de un momento de silencio,  
Como al volver de un sueño que distrae,  
—Perdonad, caballero.... (Yo no había  
Vístole aún!... creí que era mi madre  
Quién se sentaba aquí) Rosa murmura.  
—Hace un momento a ella presentáronme  
Varios amigos, y que vuelva anhelo  
Para que la amistad de usted no tarde  
En serme concedida....

—La palabra  
De un caballero en el asunto baste.  
—Mi nombre es Carlos\*\*\*  
—¿Carlos?... Y de dónde  
Es usted?

—Soy veracruzano.

—¡Cálle!  
También cierta novicia amiga mía.  
Yo tengo unos deseos de pasearme  
Por la tierra de usted! ¿Es tan alegre  
Cual dicen, Veracruz? ¿El mar tan grande?  
Además, aseguran que las rosas  
(Si es en Jalapa no recuerdo) se abren  
Hasta en el crudo invierno, y las mejores  
Son del país.

—¡Error imperdonable!  
Guanajuato produce las más bellas  
De las que en el país puedan lograrse.  
—¿Usted ha estado allá?

—No.

—Desde luego  
Usted no las conoce....  
—De trasplante  
Son las que he visto.  
—¿Y dónde?...  
—En esta sala.  
—¿Cuántas?...  
—Una que brilla sin rivales!  
—No comprendo....  
—¿Es posible?... Yo quisiera  
Al torbellino mágico del baile  
Lanzarme con usted, *Rosa divina*....  
—Pues, señor mío, como a usted agrade.

Mézclanse en la vistosa contradanza,  
Y balancea el cuerpo con donaire  
Rosa, cual blanco cisne que atraviesa  
Lago tranquilo en apacible tarde.  
Y como indicio son de un pecho limpio  
Ojos que al escrutinio no se evaden  
De la persona que los mira, y como  
Ambos en estatura son iguales,  
No es de extrañarse que, bailando, en Carlos  
Rosa los ojos con empeño clave.—

Resultado de aquestos devaneos,  
Que Carlos esa noche, al acostarse,  
Con sobresalto se creyese herido  
De un frenético amor.... ¡amor de baile!

## III

Primer fragmento del álbum de Diana, escrito en el convento de\*\*\*

Rebosa el cáliz amargo,  
 Ya el alma a sufrir no acierta;  
 Falta a mi existencia objeto,  
 El alba a mi noche eterna.  
 ¿De qué me sirve, insensata,  
 Rindiendo al orgullo ofrenda,  
 Solitaria consumirme  
 En lo interior de una celda,  
 Por no decir a quien amo:  
 «Aunque culpable aparezca  
 Ante tus ojos Diana  
 Por maquinación proterva,  
 De tu ardiente amor es digna,  
 Como en esa noche bella  
 En que te dió su albedrío  
 Jurándote fe sincera?»

Y lo haré, porque no puedo  
 Vivir sin su amor. Apenas  
 El sueño cierra mis párpados,  
 Su voz a mi oído llega:  
 Le miro como en los días  
 En que me amaba; se acerca;

Señálame con su mano  
 El altar: llevarme anhela  
 A los pies del sacerdote  
 Que a bendecirnos se apresta:  
 Se agita mi corazón  
 Lleno de alegría inmensa:  
 Despierto.... giran mi ojos,  
 Y ven la desnuda celda  
 En cuya ventana el viento  
 Voces humanas remeda!  
 —Sí, le diré: aunque culpable  
 A tus ojos aparezca,  
 De tu ardiente amor soy digna:  
 Ven, el altar nos espera.

## IV

Rosa refiere a Diana sus amores con Carlos.—Diana pretende cerciorarse de ellos, y lo consigue.—Suerte reservada a las coquetas.

A la mañana del siguiente día,  
 Hablando por el torno del convento  
 De que mención en otra parte hicimos,  
 Dos jóvenes están. Preciado velo  
 De transparente blonda mal encubre  
 Las formas elegantes, el despejo  
 De una, a quien acompaña su criada,

Vieja amiga de lances y de enredos,  
 Que, según las epístolas que porta,  
 Hará quebrar la renta de correos.  
 A la otra que habla no es posible  
 Examinar, pues hállase por dentro  
 Del torno, y de su voz solo se oye  
 De vez en cuando el musical acento.  
 Es la voz de una niña todavía,  
 Pero encerrando no sé qué de tierno  
 Y triste, cual si ya del mundo hubiera  
 Roto su mano el engañoso velo:  
 Voz que si resonase en nuestro oído,  
 Nos despertara cual de largo sueño,  
 Trayendo a la memoria las imágenes  
 De antiguos seres y de antiguos tiempos.  
 Y esto las dos decían platicando,  
 Una fuera del torno, otra por dentro:  
 —De noviciado pocos días faltan:  
 Qué, ¿persistes, amiga, en tu deseo?  
 ¿Profesarás? ¿Reflexionaste acaso  
 Que esos lazos, Diana, son eternos?  
 —Resolución no formo todavía.  
 Cuando aislada en el mundo me contemplo  
 Sin que en el porvenir cifre esperanzas,  
 Sin que mi corazón abrigue afectos,  
 No me queda otro asilo que una celda  
 Donde acabar mis días con sosiego.  
 Pero tú, amiga mía, ¿tan dichosa  
 Como siempre?

—No tal: hoy un consejo

He venido a pedirte, o sea informe....  
 Como quieras llamarlo. Hay un sujeto....  
 Vamos, un joven que, si no me engaña  
 El corazón, es todo un caballero.  
 Bailó anoche conmigo, enamoróme  
 Y le correspondí, te lo confieso.  
 ¡Reflexiona tan poco mi cabeza!  
 Siempre sigo el impulso del momento  
 Y suelo arrepentirme: mas ahora  
 A asegurar me atrevo que le quiero.  
 —¡Ay Rosa! ¿tú quererle? Eso es mentira!  
 Te engañas a tí misma: no; en tu pecho  
 No se alberga el amor.

—Pues en la duda  
 De si quiérole o nó, por hoy quedemos:  
 Véngote a preguntar si le conoces,  
 Porque paisano es tuyo.

—Pero, al menos,  
 Dime su nombre.

—Carlos

—(¡Cielo santo!

Si él fuese!)

—¿Quién?

—(Siniestro pensamiento!)

¡Oh! Rosa, nada; un conocido antiguo;  
 Mas no, que aquél o se embarcó, o es muerto.  
 ¿Qué señas tiene el Carlos de quien hablas?  
 ¿Joven es todavía?

—Joven.

—¿Cuerpo

Gallardo?

—Sí, gallardo.

—¿Rostro afable?

—Y mucho que lo es.

—¿Cabello negro?

—Como el ala del cuervo; pero ¡es raro!

Tú, a no dudar, conoces mi cortejo.

—Pura casualidad.... No le conozco.

(¿Será tal mi desdicha?) Un pensamiento

Me ocurre en este instante, Rosa.

—Dilo.

—Para saber si le conozco, verlo  
Hoy necesito.

—¿Y cómo?

—O yo me engaño,

O es muy sencillo, Rosa: Tu aposento

Queda frente a mi celda: por la tarde

Salir hazle al balcón, y yo en acecho

Tras la reja estaré.

—¡Famosa idea!

Voy a escribirle ahora: le prevengo

Que á la tarde sin falta me visite,

Y en práctica ponemos tu proyecto;

Pero a rezar te llaman....

—Adiós, Rosa.

—Diana, adiós: mañana nos veremos!

Ya la postrera luz de bella tarde  
Con las primeras sombras de la noche

Empezaba en el cielo a confundirse,  
De oro y grana tiñendo el horizonte.  
De proletarios puéblase la calle  
Que a sus habitaciones se recogen,  
Terminado el trabajo: las campanas  
Tañendo están el toque de oraciones;  
Y en el balcón de la modesta casa  
Que mi lector benévolo conoce,  
De una mano bellísima al impulso  
La vidriera giró sobre sus goznes.  
Salió Rosa, radiante de hermosura;  
Carlos tras ella, hablándole de amores,  
Sonríe y se entusiasma, y a su lado  
Sobre la balaustrada reclinóse.  
A cada frase tierna que salía  
De sus labios, ardiente aquella joven  
En él clavaba los rasgados ojos,  
Y era muy fácil conocer entonces  
Que a excitación cediendo pasajera  
Con que su corazón no marcha acorde,  
Carlos la enamoraba, y ella, en tanto,  
Paz, corazón y libertad rindióle.  
¿Por qué—le dice aquél—en tu presencia,  
Adorándote así, las emociones  
No experimento que mi gloria hacían  
En mis horas de amor, cuando era joven?  
Quizá los desengaños que he sufrido  
Entibiaron del alma los ardores  
Para siempre.

—Será que no me amas!

(Dice ella, y su semblante obscurecióse  
De repente.)

—Decir que no te amo!—

Carlos replica; y, al notar que esconde  
Al examen curioso de la gente  
Sus personas el manto de la noche,  
Obedeciendo a impulso repentino,  
Sus labios él en los de Rosa pone.  
Tal ósculo de Rosa el fuego atiza:  
Al recibirle permanece inmoble,  
Y luego, cual de un éxtasis saliendo,  
«Creeme, le dice, aquestos mis amores  
Primeros son. Es cierto que aturrida,  
Al hallarme en espléndidos salones  
Escuchando la música armoniosa;  
De la esperma a los nítidos fulgores,  
Viendo pasar en confusión bellísima  
Las mujeres en brazos de los hombres,  
Soñaba una existencia alimentada  
Por manantial de indefinibles goces.  
Dí oído a las protestas de cariño;  
Esperanzas de amor daba a los jóvenes;  
Mas era todo un sueño; al otro día  
De mi ilusión secábanse las flores:  
El corazón desierto no abrigaba  
El amor que la víspera fingióse!  
¡Cuánto te adoro, Carlos!» — «Es maestra  
(Carlos en su interior decía entonces);  
A cualquiera bisoño engañaría.»  
Y se esforzaba, exento de pasiones,

Gozo en aparentar, como quien pruebas  
De un anhelado amor, al fin, recoge.

Cuando el beso de Carlos resonaba,  
De una ventana del convento, donde  
Luz misteriosa apenas resplandece  
Al través de los vidrios de colores,  
Un ¡ay! partió profundo, lastimero,  
Y en el instante mismo rudo golpe  
(Cual de alguien que privado de sentido  
A tierra viene como fardo) oyóse.

Habiendo de acabarse este episodio,  
Añadiré tan sólo a mis lectores  
Que en el siguiente día a Rosa olvida  
Carlos, encaminándose hacia el monte  
Solitario, do vuelve á su costumbre  
De entregarse a morales reflexiones.  
Abandonada Rosa, se entristece;  
A cuantos ve, de Carlos pide informes,  
Y nadie se los da, y ella suspira....  
¡Hé aquí, mujeres, lo que son los hombres!

## V

Segundo fragmento del álbum de Diana.

Corazón mío, silencio!  
No te traicionen mis labios:  
Si padeces, no lo digas,  
Y si quisieres llorando

Aligerar este peso  
 Atroz que te oprime, hazlo  
 De modo que nunca, nunca  
 Te vean ojos humanos!  
 Yo le amaba, y a mi frente  
 De una vil sospecha el fango  
 Arrojó la mano misma  
 Que a guiar iba mis pasos  
 Por el sendero del mundo.  
 Yo quise decirle:—«Carlos,  
 Tú y yo en esa noche víctimas  
 Fuimos de un odio bastardo;  
 Ofendíome tu sospecha,  
 Tus palabras destrozaron  
 Mi corazón; pero todo  
 Lo olvido, porque te amo:  
 Soy digna de que me llames  
 Tu esposa.» Mas ¡cielo santo!  
 Hoy le he visto a otra mujer  
 Amor eterno jurando.  
 Si yo a decirle acudiera  
 Su error.... (Sólo de pensarlo  
 Me avergüenzo.) ¡Es imposible!  
 Guarda lo que te ha quedado,  
 Corazón, guarda tu orgullo,  
 Y si quisieres llorando  
 Aligerar este peso  
 Atroz que te oprime, hazlo  
 De modo que nunca, nunca  
 Te vean ojos humanos.

## VI

Carlos reconoce la voz de Diana en los cánticos de las monjas.—Lucha  
 entre su amor y su orgullo.—Logra hablar con Diana.—

Reflexiones de ésta.

Llevado en alas del viento,  
 A veces durante el día  
 Piadoso cantar se oía  
 En derredor del convento.

En su reclusión dichosas,  
 A Dios, de ventura fuente,  
 El corazón inocente  
 Elevan las religiosas.

Su voz al himno dulzura  
 Tan melancólica presta,  
 Que semeja en la floresta  
 Manso río que murmura.

Une a sus devotas preces  
 El viento quejas livianas,  
 Cimbrando de las ventanas  
 El limpio cristal a veces;